

RECENSIONES

E. Mounier, *Revolución personalista y comunitaria* (Madrid, Edic. Zero, 1975) 376 pp.

Se nos ofrece en esta traducción uno de los libros más conocidos de E. Mounier. El prologuista, Carlos Díaz, orienta certeramente sobre el sentido del mismo cuando nos dice que «en él se agavillan artículos publicados en *Esprit* del 1932 al 1935. Es obra de un infante... Junto al temblor de las primeras grandilocuencias la hermosura de la inspiración generosa».

Este juicio refleja con relevante exactitud el mérito del libro y las ineludibles deficiencias del mismo. El mérito mayor es hacernos asistir al nacimiento de un programa de pensamiento y de acción. Todo nacimiento lleva en sí un mensaje de esperanza y de alegría. Y la obra de Mounier en aquel su momento juvenil, crea una atmósfera espiritual que rezuma entusiasmo y esperanzado porvenir. Por ello, es esta obra de Mounier imprescindible para cuantos quieran sentir el palpar emocionante de aquel espíritu que se encaró con una realidad absurda y enferma. Por absurda y por enferma necesitaba de una luz que la iluminara en el caos de su absurdo y de un médico espiritual que supiera aportar las recetas necesarias para mejorarla.

Esto fue lo que quiso hacer Mounier en aquel momento en el que la nave de nuestra civilización peligraba entre los escollos de un colectivismo que imponía su horma sin entraña y de un individualismo, cerrado herméticamente sobre sí en su endurecido egoísmo. Mounier quiere construir una nueva civilización cristiana sobre otros cimientos. Ver cómo va erigiendo el nuevo edificio es altamente aleccionador. Es lo que el libro nos enseña.

Pero ello mismo importa grandes limitaciones. La primera ya la indicamos al decir que se trata de un programa de pensamiento y de acción. Todos sabemos lo que es un programa. Y la larga distancia que lo separa de un sistema doctrinario. Ahora bien; pese a lo mucho que se ha escrito contra los sistemas y contra el *espíritu de sistema*, no hay ni puede haber una interpretación honda, auténticamente filosófica, sino a la luz de la compleja estructura de un sistema. En él adquieren los diversos elementos hondura y significación. Pues sólo a la luz del todo se puede justipreciar el valor de los elementos que lo integran. Esto falta en esta obra. Ella, ciertamente, no quiso ser sistemática. El lector, por lo mismo, no se lo puede exigir. Pero éste tiene el derecho de saber, al iniciar su lectura, que se trata tan sólo de reflexiones iniciales, que van presentando un pensamiento que se hace cada vez más rico y orientador.

En la disposición del libro, al recopilar los artículos, se ha seguido un orden temático. Hubiéramos más bien preferido el *cronológico*. Entonces se sentiría mejor cómo el espíritu de Mounier va matizando su obra a partir de su génesis primera. Si es bello contemplar la ascensión auroral de la luz, también es bello percibir cómo la verdad va clareando más y más en una inteligencia. Tal como el libro se presenta, presenciamos el espiritual dinamismo de aquella mente, con algo de infantil todavía, pero mostrando ya los brotes de una innegable madurez. Es su mérito y su limitación.

El contenido, polémico en su momento, hoy lo es menos. Hoy la polémica viene suscitada más bien por la interpretación del mismo Mounier. En la presentación de la misma se afirma de modo taxativo: «Mounier pide en esta obra una civilización a la vez socialista y personalista». Que optó plenamente por una civilización personalista, es indudable. Pero que a ésta deba preceder una civilización socialista, es discutible que fuera la opinión de Mounier. Sus simpatías hacia el socialismo y las críticas que le dirige necesitan todavía larga aclaración y comentario.

E. Rivera de Ventosa